

Un elogio de Costa Rica

(De la *Nueva Prensa*, San José, C. R.).

HAY un elogio de Costa Rica ⁽¹⁾ hecho en generosas palabras y en brillante concepción mental por Antonio Caso, un mexicano que pertenece al grupo de hombres que más se han señalado en su país en la hora presente.

El elogio es de fino oro y podría decirse que es como una preciosa águila de oro que un príncipe Azteca le envía, en mensaje de amor, a una princesa del Golfo de Nicoya, y ello es posible porque no fueron del todo indiferentes los pueblos indígenas a las relaciones de cortésana amistad.

Muchos elogios vienen a Costa Rica en los últimos años. Quien quiera que en América, sobre todo, puede decir en bella forma su amor a este país nuestro, no nos escatima una palabra amable para llenarnos de orgullo o para hacernos justicia. La República se merece esa liberal pleitesía de que es objeto y en que parecen andar en concurso las mejores inteligencias de la raza y sobre todo sus caballeros más representativos. Pero el elogio de Caso por la inspiración que lo alienta, por la gracia severa con que viene vestido, por el elevado concepto en que tiene a la pequeña República modelo y por el deseo en hacer de ella un ideal ciudadano y democrático en América, el solar de costumbres políticas puras, bien merece, ese elogio de Caso, ser fundido en plata refinada, de la que habla el salmo antiguo cuando habla de la sabiduría, y ser puesto en lugar visible de toda escuela y ser conservado en la fresca memoria de los niños para que palabras semejantes que son lección al mismo tiempo que obra de arte, no se olviden y sean, más bien, germen fecundo para el espíritu.

Allí se resume todo el bien que nosotros hemos hecho y por lo que hemos venido trabajando pacientemente y al reconocerlo los extraños conviene tenerlo por estímulo para una perseverante y optimista acción en la práctica de los buenos hábitos civiles.

Otro pensamiento nos sugiere el elogio de Caso: la confianza de que el alma de los dos países, el de él y el nuestro se acerquen en amistad que tiene origen en motivos superiores y que puede ser permanente y grande. Porque necesitamos ya esa amistad, no por necesidad política y menos aún para fomentar obras o prevenciones y odios a otras razas o pueblos distintos, sino porque es natural fortalecer y reintegrar el alma latino-indígena de América para el bien o para la belleza o para la gloria.

Nos parece que hemos sido un tanto indiferentes, los costarricenses, con estas cosas o que podríamos haber roto las exigencias puramente diplomáticas, para que los dos pueblos vivieran horas espontáneas de más profunda y duradera simpatía. Porque dos pueblos se estimen y porque confundan sus propias fuerzas en el cumplimiento de ideales comunes, no se lastima ningún interés extraño ni hay por que sujetarse a prevenciones tan infecundas como éstas.

En América debemos quitarle a la discordia sus raíces y dejar el campo listo para el grano de mostaza del Evangelio. Pero para que el Continente sirva, todo él, a la concepción de un nuevo tipo de hombre sin raza y de un valor más universal o siquiera más continental, los que por naturaleza pertenecemos a una misma familia debemos unificar mejor nuestros aislados destinos y formar una conciencia más fuerte y menos compleja. ¡No miremos a México como el atalaya de la raza en el Norte, no! Que él mismo y que nosotros lo tengamos como una vigorosa unidad de espíritu continental por medio de la que nos resulte más fácil iniciarnos en la amistad sagrada y humanitaria de los hombres o de los pueblos o de las ra-

zas que viven más allá de las fronteras mexicanas y de las cuales éstos con sus ríos o con sus montañas formen como un pórtico majestuoso y severo. El amor o la simpatía de las razas no puede ser otra cosa que una forma preparatoria del amor o de la simpatía de todos los hombres para satisfacer los anhelos o los intereses de la humanidad. Lo que esté lejos de este concepto, lo que no se ajuste religiosamente a él, lo que contradiga su virtud, no hace más que servir al mal del hombre.

No querramos ser con México políticos; seamos con él amigos. Hay que rastrear el viejo camino indígena que desde la capital del Imperio Azteca se extendía hasta las suntuosas riberas de nuestros dos mares, por encima de las montañas o por los preciosos valles, y que las embajadas que nos vengan por ellos o que nosotros enviemos, hagan posible una amistad más doméstica, más familiar, más íntima, mejor caldeada al calor de los sacros altares primitivos.

RÓMULO TOVAR

¿Juventud?

(Del *Diario de Costa Rica*, San José, C. R.)

LA Directiva de la Sociedad Gimnástica Española, compuesta toda ella de hombres jóvenes, acaba de dar una nota de vejez.

En *La Tribuna* del 17 del corriente, suscriben una protesta que sabe a chauvinismo requemado, contra la resolución adoptada por el Comité de las Olimpiadas, de invitar a la juventud deportista de la vecina República de Panamá para tomar parte en los juegos de fin de año.

Si una sociedad de burgueses adinerados, de cincuenta años en adelante, con intereses que necesiten de la enemistad con Panamá para prosperar, se reúne para forjar estas líneas de patriotería, habría sido algo lógico. Pero que un grupo de muchachos dedicados al sport, —que es un himno a la juventud y a la salud,—lo haya hecho, es lo que parece fuera de su lugar, pues supongo que su único ideal no está en hacer entrar una pelota con los pies por entre dos postes, para ganarle a un partido compuesto por individuos pertenecientes a un país de sus simpatías, aunque estos individuos pudieran ser personas despreciables.

Hace pocos días *La Tribuna* publicó también la noticia de que Herriot, el primer Ministro de Francia, había pronunciado un hermoso discurso al inaugurarse las conferencias franco-alemanas, en el cual daba «la más cordial bienvenida a los delegados alemanes» y hablaba con calor de la importancia de las negociaciones cuyo fin era hacer posible el intercambio entre dos pueblos vecinos, camino abierto para que Francia y Alemania contribuyeran en la obra común del progreso universal, etc.

Esto acaba de clamar una voz ansiosa de paz y lo grita cuando los horrores de una guerra de cuatro años todavía hieden, y lo dice quien palpó el espanto del odio humano desencadenado.

¿Cómo es posible entonces que la tarasconada de ambos países —que nosotros llamamos pomposamente «Guerra con Panamá» y los del otro lado de una línea imaginaria llaman con más pompa aún «Guerra con Costa Rica», dé lugar en el momento en que los hondos rencores europeos parecen ceder ante el juicio de hombres de amplia y noble visión —para los cuales los intereses verdaderos de los pueblos no están engerrados dentro de fantásticas fronteras, —a estas manifestaciones de odio que se revelan a través de elementos honrados de nuestro país? ¿Sera odio en realidad o simple vanidad epidérmica? Y me pregunto también: ¿por qué estos jóvenes nunca se han reunido ni han escrito con igual calor para hacer una campaña contra la tuberculosis, por ejemplo? Eso sí que

(1) Véase dicho elogio en el N° 5 del *Repertorio*, tomo en curso.